



HISTORIA
de la CRÍTICA
LITERARIA

DAVID VIÑAS

Ariel
LETRAS

Índice

- Portada
- Cita
- Agradecimientos
- Nota preliminar
- Capítulo I. Antigüedad clásica
- Capítulo II. Edad Media
- Capítulo III. Humanismo y ciclo clasicista
- Capítulo IV. Romanticismo
- Capítulo V. Tendencias de la crítica literaria en la segunda mitad del siglo XIX
- Capítulo VI. La crítica literaria en el siglo XX: principales métodos
- Bibliografía
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando.*

(J. R. J., El viaje definitivo)

A mi padre, contra la muerte.

*Y a Jordi Llovet, mi maestro, en recuerdo de una deuda in-
finita.*

AGRADECIMIENTOS

Sé que nunca habría escrito este libro si antes no se hubiesen cruzado en mi vida, para mejorarla, ciertas personas. En agradecimiento por su lección de amistad, quiero citarlas aquí. Me refiero a Esther Artigas, Túa Blesa, Nora Catelli, Teresa Español, Jordi Llovet, Elena Pallarés, Isabel de Riquer, M.^a Ángeles Rodríguez Fontela, Antonio Sánchez Trigueros, Augusto C. Sarrochi y Rosa Vila.

Agradecimiento aparte merece Mireia Franco. A estas alturas, no creo que tenga que explicar por qué.

NOTA PRELIMINAR

Esta obra se propone como objetivo primordial ofrecer una panorámica bastante completa de lo que ha sido la Historia de la Crítica Literaria en Occidente. Es ya un lugar común, cuando se analizan las distintas disciplinas que configuran los estudios literarios, insistir en la necesidad de que todas ellas —no importa ahora cuántas deben ser consideradas— colaboren entre sí para que el resultado final sea verdaderamente riguroso. La postulación de este enfoque interdisciplinario se hace sin duda desde el convencimiento de que esta interdisciplinariedad ha sido esencial en la historia de la investigación literaria. Una visión diacrónica permite advertir cómo, efectivamente, las aproximaciones a la literatura se han hecho a menudo desde posiciones pertenecientes a otras esferas: a la Filosofía, a la Estética, a la Retórica, a la Ética, a la Política, a la Sociología, a la Lingüística, al Psicoanálisis. Y, por supuesto, también desde disciplinas propias del ámbito literario: desde la Historia Literaria, desde la Crítica Textual, desde la Teoría de la Literatura, desde la Crítica Literaria, desde la Literatura Comparada. Las perspectivas son múltiples y en cada caso los intereses específicos pueden ser distintos, pero la confluencia en el estudio de lo literario permite llevar a cabo una lectura unitaria —inclusiva, pues, y no excluyente— de lo que ha sido el estudio de la literatura a lo largo de la historia. Precisamente por eso se ha considerado oportuno tomar aquí el sintagma «Crítica Literaria» con un sentido eminentemente genérico, englobador. Con el mismo sentido, en de-

finitiva, con el que lo maneja René Wellek en su *Historia de la crítica moderna*. Escribe el autor en el «Prólogo» a esta obra:

Tomo el término crítica en amplio sentido, para abarcar no sólo opiniones sobre libros y autores particulares, crítica «de enjuiciamiento», crítica profesional, ejemplos de buen gusto literario, sino también, y principalmente, lo que se ha pensado sobre los principios y teoría de la literatura, su naturaleza, función y efectos; sus relaciones con las demás actividades humanas; sus tipos, procedimientos y técnicas; sus orígenes e historia (1989: 7-8).

A este mismo sentido genérico de la Crítica Literaria apela T. S. Eliot desde las páginas de *Función de la poesía y función de la crítica*:

Por crítica entiendo aquí toda la actividad intelectual encaminada, bien a averiguar qué es poesía, cuál es su función, por qué se escribe, se lee o se recita, bien —suponiendo, más o menos conscientemente, que eso ya lo sabemos— a apreciar la verdadera poesía (1999: 44).

Sólo la adopción de un sentido considerablemente amplio de la actividad crítica como el que aquí se postula permite englobar en una misma obra material tan heterogéneo como los diálogos platónicos, la *Poética* de Aristóteles, un tratado extraído de las obras morales de Plutarco, una carta de Petrarca dirigida a su hermano Gerardo, la defensa de la poesía que lleva a cabo Sir Philip Sidney, la carta que Góngora escribe «en respuesta de la que le escribieron», el *Art Poétique* de Boileau, las reflexiones de Burke sobre lo sublime y lo bello, el *Laocoonte* de Lessing, las consideraciones de Hume sobre el gusto, la *Crítica del juicio* de Kant, el «Prefacio» de Wordsworth a la segunda edición de las *Baladas Líricas*, un par de ensayos de Poe, la «Introducción» de Taine a la *Historia de la literatura inglesa*, *Le roman expérimental* de Zola, los lúcidos comentarios de

Benjamin sobre *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, el célebre ensayo con el que Barthes proclamaba *La muerte del autor*, o la lección con la que Jauss inauguraba en 1967 el curso de la Universidad de Constanza, por citar sólo unos cuantos ejemplos. La heterogeneidad es evidente incluso en la extensión y en las modalidades textuales mismas: cartas, prólogos, preceptivas, ensayos, diálogos filosófico-literarios, capítulos, obras enteras. Pero todos los textos presentan como denominador común su relevancia en la Historia de la Crítica Literaria. En mayor o menor grado, todos han contribuido a que la disciplina se consolide y pueda hoy alegar en su favor una sólida tradición. O lo que es lo mismo: unos sólidos fundamentos.

Toda selección puede ser acusada —más o menos justificadamente— de una cierta dosis de arbitrariedad. También la de los textos que en esta obra se proponen, por supuesto. Sin embargo, ha tratado de atenuarse la inevitable subjetividad confrontando algunos de los más prestigiosos estudios y antologías de Estética y de Crítica Literaria en busca de coincidencias, en busca de aquellos textos unánimemente considerados esenciales en la historia de los estudios literarios. Pero además de estos textos imprescindibles otros han venido a completar la propuesta presentada. Porque se entiende que una obra de estas características ha de ser mucho más ambiciosa que una antología, sin dejar de ser también ella, claro, *una antología*. Lo que significa que, por muy completa que sea esta propuesta, nunca lo será tanto como para cubrir todas las aportaciones que se han hecho a la Historia de la Crítica Literaria. Sin duda, faltan nombres. Incluso nombres importantes. Tan importantes como el Dr. Johnson, por ejemplo, o como Mathew Arnold. O como Alexander Pope. Y como Shaftesbury o Schopenhauer. Pero están otros no menos importantes. No falta Aristóteles, ni faltan tampoco Addison, Kant, Lessing, Rousseau, Vico, Schiller, Friedrich Schlegel, Coleridge, Word-

sworth, Shelley, Sainte-Beuve, Taine, Brunetière, Poe, Hegel, Jakobson, Shklovski, Mukarovski, Lukács, Barthes, Todorov, Jauss, Iser, Derrida. Seguro que las presencias compensan en este caso las inevitables ausencias.

De todos modos, lo que de veras ha importado al confeccionar esta obra ha sido que, con los autores y textos presentados, pueda ofrecerse ya una imagen bastante completa de lo que ha sido la Crítica Literaria a lo largo del tiempo. Incluso puede decirse que más que los grandes nombres han importado los grandes textos. Precisamente por eso no se dan demasiadas indicaciones biográficas; se ha preferido desplazar el foco de atención hacia la obra, hacia ese ensayo, esa carta, ese prólogo, etc., que inexcusablemente *tiene que* conocer quien quiera familiarizarse con la Historia de la Crítica Literaria. Y hay que hacer aquí una importante matización.

Hasta el siglo xx, en el ámbito de la Crítica Literaria dominan las individualidades, grandes nombres que escriben importantes textos y dejan así su huella en la historia de los estudios literarios; sin embargo, en el siglo xx han proliferado las escuelas teórico-críticas y la obra de la mayor parte de los grandes críticos puede ser estudiada en el seno de alguno de los principales métodos de Crítica Literaria desarrollados. De ahí que en el programa presentado se observe un claro cambio al llegar al siglo xx. Hasta entonces, los temas se suceden privilegiando normalmente la obra de un autor concreto; después, son los métodos, las escuelas, las que pasan a primer término, aunque por supuesto éstas estén conformadas por una suma —engañosa, a veces— de individuos y nunca se olvide aquí este hecho evidente. Con este distinto tratamiento del material presentado se pretende dejar claro que, hasta llegar al siglo xx, todas las referencias citadas no son más que algunos de los jalones en la historia del pensamiento «acerca de la literatura», aportaciones que, sin llegar a constituir nunca un cuerpo teórico

propiamente dicho, sientan muchas de las bases epistemológicas de lo que el siglo xx ha sintetizado en su floresta de escuelas teórico-críticas.

CAPÍTULO I

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

1. Interpretaciones alegóricas de la poesía en el siglo VI a. C.

Para conocer la investigación estética anterior al platonismo es preciso tomar como punto de partida un considerable número de reflexiones extraídas de las obras de poetas griegos como Homero, Hesíodo, Píndaro, Esquilo o Sófocles. Es importante tener en cuenta que los textos literarios se utilizaban entonces para plantear cuestiones relacionadas con la teología o con la educación, lo que les confería una dimensión especialmente problemática. Se tenía el convencimiento de que el contenido de los textos tenía que tener cierta utilidad para conocer el comportamiento de los dioses y para formar buenos ciudadanos, de modo que la mejor manera de defender un texto literario consistía en demostrar que cumplía perfectamente con esos objetivos prioritarios. Y a la inversa: la mejor manera de atacarlo era dejar claro que no se ajustaba a ellos. O peor aún: que podía ser perjudicial por ofrecer una imagen distorsionada de alguno de los aspectos considerados esenciales.

Precisamente a fines del siglo VI a. C. se advierte una oposición a la teología de Homero, a la forma en que son presentados los dioses olímpicos en la *Ilíada* y en la *Odissea*, y este ataque provoca una reacción defensiva basada en el alegorismo; es decir, ciertos comentaristas empiezan a divulgar interpretaciones alegóricas de los poemas homéricos. Estos poemas serán interpretados en clave simbólica desde el convencimiento de que su significado no es el que a primera vista parece, sino que hay que relacionarlo con realidades físicas, morales o psicológicas (Domínguez Caparrós, 1993: 28). Se entiende mejor esta situación si se sabe que, desde muy pronto, los griegos utilizaron las

obras de Homero y de Hesíodo para fines educativos. Por eso convenía dejar claro que no se trataba de poetas impíos. Recuérdese que, en el Libro VIII de su obra *Vidas de los filósofos más ilustres*, Diógenes Laercio (s. II d. C. ?) cuenta que Pitágoras, en un viaje al Hades, había visto las almas de Homero y de Hesíodo sufriendo terribles castigos. Apoya esta observación en la autoridad de Jerónimo: «Jerónimo escribe que habiendo descendido al infierno, vio el alma de Hesíodo atada a una columna de bronce, y rechinaba; y a la de Homero colgada de un árbol y cercada de culebras, por lo que había dicho de los dioses» (1998: 209). El problema fundamental es que Homero y Hesíodo habían atribuido a los dioses acciones que no eran precisamente elogiadas, sino amorales, poco dignas de heroísmo. Los mostraban agitados por la furia de las pasiones humanas, luciendo los mismos vicios que los mortales.

No tardaron en aparecer comentaristas de Homero y de Hesíodo que negaban el sentido amoral que otros veían en los versos de estos poetas y abogaban por un significado oculto, distinto del que a primera vista parecía asomar. Empieza a divulgarse así la idea de que los poetas, en general, se esfuerzan en ser deliberadamente oscuros porque desean ser entendidos sólo por los eruditos. El discurso poético pasa a ser concebido entonces como un discurso deliberadamente hermético, de difícil interpretación. Un discurso tan misterioso y oscuro como el proceso del que surge, en cuya base se encuentra una inspiración de origen divino. Se comprende así que sean pertinentes las interpretaciones alegóricas de los textos poéticos para dar con su significado oculto. Son a veces —como vio ya Alfonso Reyes— meros «tanteos extravagantes y desorbitados», pero pueden ser considerados un auténtico anuncio de lo que será la crítica literaria (Reyes, 1941: 43). Si la exégesis racionalista usa el texto como pretexto para extraer de él conclusiones filosóficas, el alegorismo deriva en simbología poética. De este modo, un pasaje centrado en la narración de combates

entre los dioses, por ejemplo, puede ser visto como una alegoría (es decir: una metáfora continuada, extensa) de la lucha de los elementos de la naturaleza: cada dios representa uno de los elementos (Apolo se asocia con el fuego, Posidón con el agua, etc.). Siguiendo esta misma línea, puede derivarse hacia la interpretación en clave de alegoría moral y sostener que cada dios representa una disposición del alma: Atenea, la reflexión; Afrodita, el deseo; Hermes, la elocuencia; etc. Como es fácil advertir, las interpretaciones alegóricas se basan en el fenómeno del doble sentido: existe, por una parte, un sentido literal y, por otra, un sentido alegórico, que es el verdadero. Es decir, se considera que los poetas dicen una cosa para significar en realidad otra, y es preciso entonces encontrar ese otro significado oculto que revela la verdadera intención del autor.

Conviene recordar que también existe un sentido manifiesto y uno misterioso en las respuestas que ofrecen los oráculos a las consultas que se les hacen. Se cree que si se saben interpretar los signos de un modo distinto al evidente e inmediato es posible conocer el futuro. Lo mismo puede decirse de los sueños: a menudo eran interpretados desde el convencimiento de que podían esconder un significado oculto importante para el destino de quien soñaba. Como se ve, las interpretaciones alegóricas se extienden desde la poesía a otros ámbitos y terminan por hacerse absolutamente habituales.

Respecto a los ataques que recibe la poesía de Homero y de Hesíodo, conviene precisar que las principales críticas provienen del flanco de los filósofos, quienes, molestos por el aura de prestigio que envuelve a la figura del poeta —recuérdese que es un ser inspirado divinamente—, deciden presentar batalla para hacerse con el dominio del espacio del saber (Domínguez Caparrós, 1993: 31). La clave está, sin duda, en la importancia que se le había concedido a la poesía en la formación de los jóvenes, de quienes dependía algo tan importante como el futuro de la *polis*. Los